



COLECCIÓN ESCRITOS SANTERMIL

SANTIDAD EN EL TERCER MILENIO

www.santermil.com

SANTIDAD y ETERNIDAD



AGOSTO 2019

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS



SANTIDAD y ETERNIDAD

1- Una propuesta irresistible

Supongamos que nos ofrecen la siguiente propuesta: trabajar arduamente todos los días y todas las horas durante un mes, para luego recibir unas vacaciones de por vida donde queramos, con quienes queramos y de la forma que queramos. Muchos y largos años de descanso por tan solo un mes de trabajo duro. ¿Existirá acaso alguien capaz de rechazar semejante ofrecimiento? Y sin embargo... los hay.

La propuesta que Cristo trajo a este mundo es ésa misma: trabajar por el Reino de Dios en esta vida para así obtener otra vida de eterna felicidad. Sacrificarnos y llegar a amar nuestra cruz – sea cual sea ésta- a lo largo de los meses y años que nos toque vivir -nadie puede asegurar cuántos- de tal manera que nos permita descansar felizmente toda una eternidad en compañía de la fuente misma de amor y felicidad. ¿No resulta esto irresistible? ¿Quién podría negarse a semejante desproporción en la propuesta de Cristo? No obstante, empezando por los propios cristianos y continuando por el resto, no son pocos los que conociendo este ofrecimiento, no llegan a comprenderlo en su plenitud. Sus propias vidas –pensamientos y acciones- hablan de cierta falta de confianza en lo verdadero o alcanzable de la propuesta del Hijo de Dios. Al no comprenderla y asimilarla del todo, simplemente no la viven. Puede que la anuncien y proclamen, pero no la encarnan.

De esta manera son muchas las almas frustradas en sus búsquedas espirituales. No obtienen las promesas de ellas –amor, justicia y paz, entre otras- porque no son capaces de vivir lo que ellas requieren: trabajar y madurar esa fe (hacerla crecer). Desean el premio, pero rechazan el sacrificio. Quieren las vacaciones pero sin trabajar.

2- El mejor trabajo de todos

Trabajar por el Reino de Dios en este mundo, es hacerlo en el mejor trabajo de todos. No existe otro trabajo que pueda ofrecer una mejor paga que éste. Ya no se trabaja por uno mismo, por su familia, objetivos, dinero, etc., sino que principalmente se lo hace por Dios; para su mayor gloria. El verdadero Jefe –CEO de la creación- lo es de todo y todos, por lo tanto servirlo a Él es de alguna manera servir también a todos y a todo. Nada escapa al trabajo por el Reino. Todo lo que forma parte de la vida humana, lo hace también del Reino. De ahí que **se trata de una tarea de 24 horas**. No solo trabajo por Dios en mi “trabajo mundano” –sea el que sea- sino que también lo hago cuando me relaciono con todos los demás o haciendo la actividad que haga: desde el ocio hasta las más complejas.

Y este trabajo no es otra cosa que cumplir la voluntad de Dios. Vivir y amar según Él lo hace con nosotros. Redimir y sanar la humanidad para que vuelva a su estado original: uno en armonía entre la voluntad del Padre y las acciones de sus múltiples hijos. **Una verdadera civilización del amor fundada y sostenida en el amor trascendental, la justicia y la paz.** Un mundo compartido y vivido en fraternidad entre hermanos.



Todo esto que pareciera utópico e irrealista desde una lógica humana y del mundo, no lo es desde una divina y celestial. Nuestra existencia tuvo una razón y motivo fundacional que fue rechazado por nosotros mismos. Sin embargo, gracias al amor de Dios y al envío de su propio Hijo, una nueva oportunidad se nos ha dado para revertir ese rechazo. Volver a centrar nuestra vida en el amor mutuo entre Dios y sus hijos, es el trabajo por el Reino al que todos estamos llamados. Es el trabajo de las vacaciones eternas.

3- Sembrar uno para que coseche otro

Si bien somos millones los posibles empleados del Reino, cada uno es una pieza única en su aporte al trabajo. Nadie más en toda la historia amará, sanará o construirá como yo lo haga. Cada pensamiento, palabra o acción mía será diferente a la de cualquier otro. Mi semilla será plantada como todas las demás, pero el cuidado de ella, su riego, curado, etc., será mi tarea única que permitirá un fruto también único. Sin embargo, uno solo siembra y lleva adelante el cuidado de esa siembra, pero la cosecha pertenece a otro, al verdadero dueño de toda semilla, tierra, lluvias y soles: Dios. ¿Acaso cualquiera de nosotros puede realmente disponer de su vida como quiera? Más allá que contemos –no siempre- con la libertad de movernos hacia donde queramos, hacer lo que queramos y/o contar con el dinero y los recursos que tengamos, ¿puede todo esto garantizar un día más a nuestra existencia? Si realmente supiésemos lo muy expuestos que estamos y lo frágiles que somos, tomaríamos verdadera consciencia de que cada día es un milagro. **Disponemos de nosotros mismos, pero no de nuestro tiempo en esta tierra.**

Al pertenecer la cosecha a Dios, no debería preocuparnos los resultados de ella, sino hacer bien nuestro trabajo. Sin embargo no siempre podemos dominar nuestras ansias de resultados positivos, de éxitos permanentes a los que nos tiene acostumbrados -¿y obligados?- este mundo. Nuestra angustia humana de pretender controlarlo todo, ordenarlo todo, tener certeza de todo, choca y se tensiona permanentemente con lo que la vida misma es: riesgo y misterio. Incertidumbre y esperanza a la vez. **Por más perdido, injusto y hasta miserable que parezca el mundo, siempre es tierra fértil para la buena semilla del bien, de la caridad.** Así como toda persona es capaz de cambiar para bien a lo largo de su vida, por más dura que haya sido, el mundo también es factor de cambio. Solo se requiere confiar lo suficiente en que cada uno puede ser protagonista y factor irremplazable de esa tarea. Cada uno tiene un aporte único e irrepetible para hacer.

Me valgo de un conocido cuento que resulta muy buen ejemplo para comprender lo tratado:

Resulta que se había generado un tremendo incendio en el bosque; un incendio de tal magnitud que amenazaba con consumirlo todo. Todos los animales salían huyendo a la disparada. Las aves volando y los bichos de tierra corriendo a lo que más daban sus patas. Animales chicos como los ratones y las comadreja, animales medianos como los lobos y los linces, animales grandes como los leones y los osos y animales enormes como los rinocerontes y los elefantes. Todos huyendo a máxima velocidad. Todos, menos un colibrí que iba hasta la laguna, tomaba una gota de agua en el piquito, volvía al bosque, arrojaba el agua en el fuego y vuelta a la laguna a repetir la operación. En uno de esos viajes de ida y vuelta se cruzó con el elefante que venía huyendo al galope. El elefante se sorprendió, paró y le preguntó:

- ¿Qué estás haciendo?

A lo que el colibrí humildemente respondió:

- Yo estoy haciendo mi parte.



Cada uno debería tomar consciencia de lo que es capaz de dar. El asunto es si está dispuesto a darlo. **Todo el amor y todo el bien que uno deja de dar, queda en uno faltándole a otro.**

4- Los Santos frente a la propuesta irresistible

Para las almas santas o en camino a serlo, **cada día es una nueva oportunidad de trabajar por el Reino.** De amar y servir según Cristo. Una nueva jornada de santificación. Saben que el premio bien justifica toda cruz, toda amargura, todo sacrificio. Sin embargo, gracias al amor y consuelo que reciben de Dios, no todo es cruz ni espinas en sus vidas. Sino que reciben –en la medida que el Señor así lo desee / permita- una suerte de “adelanto” del cielo en la tierra. Gracias a sus buenas obras y acciones, son merecedores de *gracia divina* especial que les anticipa de alguna manera todo lo bueno que les espera en esas merecidas vacaciones futuras.

Bien saben que su limitado tiempo en la tierra es su única oportunidad de demostrarle a Dios cuánto están dispuestos a amarlo, servirlo y a trabajar por su amada creación. Después de todo, ¿qué es una eternidad comparada con algunos años? **¿Cuán comparable o comprensible puede resultar toda una vida de felicidad sin fin, contra unos *instantes de cruz y sacrificios que cualquier vida humana pueda experimentar?*** A veces urge salirse un poco de lo cotidiano, coyuntural, para alcanzar a apreciar la verdadera dimensión del todo. Alzar la mirada del suelo para apreciar la enormidad del cielo. Dar algunos pasos para atrás, para que el árbol de enfrente nos permita observar todo el bosque.

Bosque que por más que se incendie no faltarán los Santos de Dios dispuestos a hacer su parte.